

Las virtudes del hierro según Monardés⁽¹⁾

Doctor J. ESCOBAR BORDOY

EN junio de 1935, con ocasión de haber permanecido el curso anterior durante un año como asistente en el Instituto de Farmacología de la Universidad alemana de Praga, cuyo director, el ilustre y malogrado profesor STARKENSTEIN, había realizado investigaciones de gran relieve e interés sobre el hierro, publiqué en la revista denominada *Los Tratamientos Actuales* un trabajo de conjunto sobre dicho metal titulado «El hierro en Farmacología y Terapéutica». Contenía inicialmente dicho trabajo una breve ojeada histórica en la que inadvertidamente dejó de mencionarse al médico sevillano doctor NICOLÁS MONARDÉS, cuyo *Diálogo sobre las virtudes del Hierro* es famoso y parece obligado citar al hacer la historia del hierro.

Recientemente, el profesor español doctor FRANCISCO GUERRA, jefe actualmente del Departamento de Historia de la Medicina de la Universidad de Yale, en New Haven (Connecticut), y que se ocupaba realizando un trabajo histórico sobre el hierro, me hizo el honor de acudir a mi modesto trabajo para servir de él como fuente bibliográfica, y al revisarlo advirtió la omisión de la cita de MONARDÉS, teniendo la deferencia de escribirme para señalarme su defecto.

El trabajo de MONARDÉS es realmente magnífico para su época, y merece la justa fama con que fué alabado. Para subsanar en lo posible esta involuntaria omisión, publicamos a continuación las notas que nos ha parecido de más valor sobre dicho *Diálogo* y sobre el antiguo autor por mí injustamente olvidado.

* * *

NICOLÁS MONARDÉS, médico y mercader acaudalado, nació en Sevilla hacia 1512 y murió en octubre

(1) Damos las gracias al profesor HERNANDO, que amablemente nos ha permitido consultar el valioso ejemplar del libro de MONARDÉS, del que hemos extraído los principales datos para redactar este artículo.

de 1588 en la misma ciudad de Sevilla, en la que —a pesar de sus riquezas—ejerció continuamente la profesión hasta el fin de sus días. Debió de gozar de gran renombre a juzgar por las alabanzas que mereció y también por los personajes ilustres que fueron sus clientes, tales como la duquesa de Béjar (título concedido por los Reyes Católicos, en 1485, a don Alvaro de Zúñiga al incorporarse Plasencia a la corona de Castilla); el arzobispo de Sevilla, don Cristóbal de Rojas y Sandoval, y el duque de Alcalá (casado éste con una hija de Hernán Cortés), personalidades todas que no se hubieran dejado atender más que por un médico eminente y de reconocida reputación. Pero también prueba su gran categoría la prontitud y rapidez con que sus obras se vendían, agotándose sus ediciones, así como las traducciones de las mismas que se hicieron a varios idiomas, publicándose en países extranjeros, donde eran leídas por las personas más doctas e ilustradas de Europa. Hombre de gran fortuna, tuvo también la suerte de vivir en una época de gran esplendor para España (postrimerías del reinado de Carlos I y principios del de Felipe II), cuando se introducían desde la recién descubierta América numerosas sustancias hasta entonces desconocidas en nuestro continente, lo que aprovechó para escribir dos libros sobre dichas drogas o sustancias, uno editado en 1569 y dedicado al Pontífice Gregorio XIII, cuyo título era *Que trata de todas las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la Medicina*. El otro, editado en 1571, se titulaba; *Que trata de la piedra Benzoar y de la yerba Escorzonera*, y estaba dirigido a S. M. el Rey y al ilustrísimo señor don Cristóbal de Rojas y Sandoval, arzobispo de Sevilla. De estas obras se hicieron muchas ediciones.

Pero no se dejó deslumbrar por las nuevas ricas drogas que se venían introduciendo, desdeñando por esto las más modestas que ya existían en nuestra patria, sino que, al contrario, una reedición, efectuada en 1574, le sirvió de pretexto para ensalzar una sustancia, el hierro, que se produce y se producía en España desde muchos años antes. Dicho libro lleva en su portada el título siguiente:

PRIMERA Y
SEGUNDA Y TERCERA
PARTES DE LA HISTORIA
MEDICINAL DE LAS COSAS QUE SE TRAEN

de nuestras Indias Occidentales
que sirven en Medicina

TRATADO DE LA PIEDRA

Bezoar, y de la yerba Escuerzonera

DIALOGO DE LAS GRANDEZAS

del Hierro y de sus virtudes Medicinales

TRATADO DE LA NIEVE

y del beber frío.

HECHOS POR EL DOCTOR

Monardés, Médico de Sevilla.

VAN EN ESTA IMPRESION

la Tercera parte y el Dialogo del Hierro nuevamente
hechos, que no han sido impresos hasta
agora. Do hay cosas grandes y dig-
nas de saber.

Con licencia y privilegio de su Magestad.

EN SEVILLA

En casa de Alonso Escribano.

1 5 7 4 .

Este libro consta en total de 206 páginas. Las 156 primeras las emplea en tratar los dos asuntos enunciados en primer término; luego, entre la página 157 y la 185, se ocupa del «Diálogo del Hierro», cuya portada reproducimos a continuación.

157

DIALOGO DEL HIERRO, Y DE SUS GRAN DEZAS, Y COMO ES EL MAS excelente metal de todos, y la cosa mas ne cessaria para servicio del hombre, y de las grandes virtudes medici nales que tiene.

HECHO POR EL DOCTOR
Monardes Medico de Sevilla.



EN SEVILLA
En casa de Alonso Escriuano.
1574.

Figura en él en primer lugar una dedicatoria al duque de Alcalá, que, copiada textualmente, dice así:

«AL EXCELENTISIMO Señor Duque de Alcalá, &c. mi señor.

El Doctor Monardes su médico. S.

Ser el negocio del Hierro de tanta importancia en el Mundo, y tan necesario al servicio del Hombre, me movió a hacer este Diálogo, que trata de sus grandes y maravillosas obras, que si bien se consideran pondrán admiración a quien las leyere. Y allende que es tan necesario a todos los estados y modos de vivir, tiene grandes virtudes Medicinales. Y así mismo con valor y grandeza es instrumento y medio, para que los valerosos hayan conseguido con él grandes títulos y fama, como muchos de los pasados vemos que adquirieron: entre los cuales los antecesores de vuestra Excelencia con generosos ánimos, con sus vigorosos brazos, la lanza en el puño, la espada en la mano, venciendo batallas, ganando Villas y lugares, el nombre y fama inmortal que hoy tienen consiguieron. Y para más agradecer esto y dar V. Excelencia a sus hijos y sucesores mayor gloria. Tomo por muger a la excelentísima Duquesa doña Juana Cortés que hoy ilustra el mundo con valor, ser, calidad y grandeza: hija de aquel valeroso Principe don Hernando Cortés, que con valor y trabajos inmensos conquistó otro Nuevo

Mundo: y ganó en él, no solo Lugares y Villas, pero Reinos e Imperios, por do consiguió nombre y gloria eterna. Y así los hijos y sucesores que de V. Excelencia vinieren, con justo titulo se gloriarán de tales progenitores: trabajando de imitarlos en las hazañas y hechos heroicos que hicieron: tomando por instrumento el Hierro, que a los tales, en ejercicios militares les será grande medio y ayuda. Y porque este nuestro Diálogo trata de él y de sus loores y grandezas, lo dedico a V. Excelencia, como a quien tanto le debe. Y V. Excelencia reciba mi voluntad, que es muy grande, para servir en cosas mayores.»

Sigue después el *Diálogo* propiamente dicho, que consta de dos partes: En la primera, comentando con el boticario apellidado Burgos la gran cantidad de oro, plata y esmeraldas que han llegado desde el nuevo reino a la Casa de Contratación, invita a dicho boticario a que le acompañe a ver un metal, dice, «muy máspreciado y de mayor estima que el Oro y Plata», y son unas planchas de hierro que hay en casa del herrero llamado Ortuño. Habla del origen de los metales, citando las opiniones de ARISTÓTELES, DEMÓCRITO, GIL MORO, PLATÓN, TRIMEGISTO, PLINIO, CALCIDONIO, CALISTENES, ANAXÁGORAS y HERMES, AVICENA, GEBER, RAYMUNDO LULIO y ARNALDO DE VILANOVA, y apoyándose en SAN AGUSTÍN, afirma que los metales se criaron e hicieron juntamente con el mundo, queriendo mostrar cómo el hierro se hace de los mismos principios y materia que se hacen el oro y la plata y los demás metales. «No difiere el hierro del oro mas que en ser el oro hecho de sus principios limpios y puros, por do es lúcido, resplandeciente y hermoso, mientras que el hierro por ser hecho de principios gruesos e impuros es feo, negro y oscuro y con ser así es más excelente que el oro y la plata y los demás metales porque de él tenemos mas aprovechamientos y mas necesidad que de todos los demás, ni ellos sin él tendrían valor. Así es más poderoso que todos ellos, pues los doma y sujeta y de tal manera los maja y sacude que todos vienen a hacer por fuerza su voluntad.» Después cede la palabra al herrero Ortuño, nacido en Vizcaya, para que diga cómo se saca, se hace y se beneficia el hierro. Este hace primero la distinción entre el hierro y el acero, y explica cómo trabajan el hierro en las minas de Vizcaya y en las de Alemania, Flandes e Italia, resaltando la superioridad de nuestro hierro. Indica cómo se hace el acero en Italia y para qué sirve (armas defensivas y ofensivas, aperos agrícolas, construcción de edificios, instrumentos diversos, agujas de coser y de marear, relojes, etc.). Dice que el hierro padece una enfermedad gravísima que lo consume y acaba, que es la herrumbre u orín y manera de prevenirla (limpieza, sequedad, dorado, platinado o pavonado, engrasado) y de remediarla (limado, vinagre, etc.). Finalmente, habla de las primitivas monedas, que fueron de hierro, y que después los romanos, por la hermosura del metal, en la primera guerra púnica las hicieron de oro y plata, indicando que los indios tienen como monedas algunos frutos de árboles, como el cacao, y en Guinea, los negros usan como monedas unos caracoles pequeños que hallan en el mar

En la segunda parte aborda las propiedades medicinales del hierro, y vuelve a tomar para ello la palabra el doctor. Este comienza por plantear la cuestión muy debatida de si el hierro es frío o caliente. Para mayor claridad propone oír a los que tienen una opinión y a los que tienen la otra, y oídas las partes juzgar. Dicen que el hierro es frío: El primero, GALENO, por ser—dice—seco y tener la virtud y fuerza de desecar y asimismo de enfriar. Lo

dice en el nono del *Methodo* y lo confirma en *De Naturalibus Facultatibus*. AVERROES, confirmando esto, en el quinto del *Coliget*, dice: «Las cosas condensadas del calor con dominio de partes terrestres han de ser frías y secas, como el hierro.» ALBERTO MAGNO en los libros de *Los Metheuros* dice: «El hierro cuando se enciende se hace muy colorado por tener por principal calidad las partes térreas.» Lo mismo confirma en el libro que hizo de *Los Metales*. Cita a continuación con opiniones parecidas a CONCILIADOR, GENTIL, HERCULANO, JACOBO DE PARTIBUS. Para AVICENA, «las aguas herradas o aceradas refrenan la cólera y quitan la sed y el calor mayormente en tiempo de estío.» A lo mismo alude MENANDRO, quien agrega: «Y por la sequedad que adquiere prohíbe la putrefacción de las fiebres, y do las hay con cámaras, hace excelente efecto.» ALBUCASIS, en el libro que hizo *De Cauterios*, dice: «Los cauterios con que se ha de cauterizar la cabeza han de ser de oro, por ser temperatísimo, y que en ninguna manera sean de hierro, por ser el hierro frío de su naturaleza.» BRAVASOLO, en su libro *De Morbo Galico*, dice que quita y reprime las cámaras coléricas, detiene los flujos y corrimientos calientes; lo que esto hace es siempre frío y seco.

Dicen que el hierro es caliente, primero GALENO, que en el noveno libro de *Las Medicinas simples* dice: «Los metales tienen mucha sustancia de fuego mezclada con las demás; hay más razón para que la haya en el hierro que en los demás metales por ser duro y denso.» RAFIS, en el veintiuno del *Continente*, pone al hierro por caliente y seco en tercer grado. También ALIABAS, en el quinto de su *Theorica*, pone el agua acerada por caliente y seca, «porque tiene virtud de consumir las superfluidades del estómago y deshace el bazo, que todas son obras de calor.» AVICENA, en el segundo *Canon*, dice: «El agua acerada resuelve, obra que es propia del calor; y la dá en la perlesía, enfermedad que proviene de causas frías.» Lo mismo quiere MATHEO DE GRADI y también CIRCAS JUSTA y ALBERTO MAGNO. Además de la opinión de estas autoridades, muestran que es caliente sus obras y efectos: «Consume las humedades superfluas del estómago, abre opilaciones, provoca menstros, consume y deseca; todas obras de calor.»

Conciliación de las diversas opiniones: «Los metales se hacen de Sulfur (calidísimo) y de Azogue (frigidísimo), y así ha de tener la complexión y temperatura que participe de entrambas calidades. Mediante el Sulfur calienta, consume, deseca, abre, conforta, provoca apetito. Mediante el Azogue enfría, retiene, condensa, aprieta, cuaja, prohíbe y detiene cualquier flujo o corrimientos, apretando quita las cámaras, enfría y templá el calor. De manera que por lo dicho se ven los efectos tan contrarios que el hierro hace, que do es menester abrir abre y do es menester cerrar cierra. Con estas calidades tiene el hierro otra principalísima, que es ser sequísimo mas que otro metal y así tiene virtud de calentar, enfriar y desecar; y de aquí ha venido que unos le llamen caliente porque le ven hacer obras de calor y otros le llaman frío, porque le ven hacer obras de enfriar, las cuales son por estar compuesto de dos principios contrarios, el uno caliente y el otro frío.» Así se salvan y se concilian las dos opiniones.

Pero el boticario expresa entonces la duda de que el azogue no sea sólo frío, sino que también tiene efectos calientes, porque untadas con él las junturas y otras partes del cuerpo hace grandes obras y efectos de calor, inflámaseles la boca y garganta, encías y paladar con gran fuego y ardor, provoca sudor vehementemente. De él se hace aquel cáustico

corrosivo que llaman polvos precipitados; de modo que tiene y hace las obras tan contrarias de enfriar y calentar. Pero el doctor zanja la cuestión diciendo que lo mismo que el hierro el azogue tiene partes diversas, y por eso tiene efectos contrarios.

Después aborda la cuestión de las virtudes medicinales del hierro, comenzando por indicar cómo se prepara, para lo que toma la palabra el boticario, que explica cómo se calcina a partir de limaduras puras y exentas de toda mezcla. Esto al modo del moro ALBUCASIS, preparación en la que coinciden AVERROES, CHRISTOPHORUS DE HONESTIS y CLEMENTE CLEMENTINO, y viene a ser la misma que el boticario emplea, aunque moléndolos muy bien hasta que tomados entre los dedos no parezcan tener cuerpo ni se sienta entre ellos, pues el que estén bien molidos es una de las cosas más importantes para que hagan mejor su obra. Luego sigue hablando el doctor, quien dice que el hierro y el acero sirven en Medicina de dos maneras: la una, para que de ellos se hagan instrumentos para la Cirujía que sirven para que los cirujanos y los barberos puedan hacer sus oficios; la otra manera es curando y sanando varias y diversas enfermedades. Y así cita a PLINIO, que en su libro *De Natural Historia* dice que «el hierro tiene virtud de desecar y retener, y de apretar: Aprovecha a los que tienen falta de cabellos, quita las asperezas de las mejillas y las pustulas de todo el cuerpo, así como el fuego de San Anton y toda sarna; sana los panadizos o uñeros, los flujos de las mujeres cualesquiera que sean y resuelve las almorranas; el bazo lo consume y deshace». GALENO, en el libro *De Theriaca ad Pisonem*, lo pone como excellentísimo remedio para desecar las humedades y lágrimas de los ojos y que es bueno para cámaras, en especial para la disenteria. También cita a ALEXANDRO TRALIANO y a PAULO con opiniones parecidas. DIOSCÓRIDES dice: «El agua o el vino, do se hubiere matado un pedazo de hierro ardiendo, es provechosa a los flujos del estómago y a las disenterias; resuelve las durezas del bazo, sirve a las inundaciones coléricas y a las relajaciones del estómago.» Siguen sucesivamente los nombres y opiniones (que todas son semejantes) de AECIO, ORIBASIO, SCRIBONIO, RAFIS y de autoridad del médico antiguo MARICERIO, dice: «Si se tomaran los polvos de hierro con arrope, confortan el estómago flaco.» SERAPIO dice lo mismo. AVICENA añade, además, que «conforta la virtud generativa, y esto lo hace consumiendo la humedad que la impide y estorba, agregando el calor natural que es muy necesario para ello.» Vienen luego ALIABIS y ALBUCASIS, que dice: «El hierro quita el mal color del rostro amarillo, o azafranado, y al que está enfermo lo sana y al que sano lo engorda.» Casi lo mismo dicen ALZARABIO e YFAC. Acudiendo a la opinión de sus contemporáneos, cita a VITALIS DE FURNO y al cardenal MONTEÑANA. MICHAEL SAVONAROLA, en el libro que hizo de baños, dice que «el hierro es estíptico y constipativo»; también dice que es bueno contra el acónito, y aprovecha a los que se les va la orina sin sentirla, además de coincidir en las demás acciones antes mencionadas. NICOLÒ FLORENTINO hace análogas alabanzas. BARTHOLOMEUS ANGLICUS engrandece mucho el uso del hierro y del acero. GUILLERMO DE SALICETO dice que los polvos de acero deshacen las opilaciones, lo que considera gran secreto. Algo parecido dicen PLATEARIO y MATHEO SILVATICO. Para CLEMENTE AMERINO «provoca apetito, corrobora los miembros interiores relajados, rectifica el hígado enfermo y si se tomasen los polvos con especias aromáticas harán la color del rostro clara y hermosa». CHRISTOPHORUS DE HONESTIS dice ser maravillosos los polvos de acero tomados con azúcar ro-

sado por la mañana, porque «dan gana de comer, confortan los vilos del estómago, consumen la humedad superflua de él, y en general quitan todos los podrecimientos del cuerpo y rectifican todos los humores corruptos». MATHEO DE GRADI abunda en opiniones semejantes. Con respecto a la piedra imán molida, dice que tiene gran similitud y amistad con el hierro, pero aún más poder que éste, y por esto los antiguos le dan la misma virtud que al hierro en curar opilaciones de bazo y otras interiores, y GALENO quiere que su uso cure la hidropesía.

Después indica la dosis a que se administra el hierro (que aconseja la de un dracma = 3,5 gramos). Dándolos de muchas maneras: o envueltos con azúcar rosado, o conserva violada, o con jarabe de culantrillo o de raíces, o hechos píldoras con jarabe apropiado doradas, o echándolos en la boca, y en cualquier manera de estas que se tomaren se beba encima un poco de vino blanco simple, que no sea frío ni muy fuerte, y si no bebe vino, agua cocida con canela, aunque es mejor el vino. Hanse de tomar por la mañana en ayunas. Recomienda después hacer ejercicio o andar durante dos horas, si hubiere fuerzas para ello o cuando menos una, o el tiempo posible, pero sin cansarse; importa tanto el andar para que estos polvos se activen y hagan provecho; hecho el ejercicio, se descansará sin desabrigarse o se echará vestido sobre la cama abrigada y descansará allí una hora. Comerá cuatro horas al menos después que tomó los polvos o cuando sintiere el estómago desembarazado de ellos. Comerá de un ave asada sin agro alguno, frutas secas y conservas, sin comer cosas verdes. Aconseja se tomen los polvos de hierro, no a diario, sino cada tercer día, mayormente los primeros días, en especial las personas flacas o delicadas, porque tomándolos cada día cansanse mucho y poniendo un día o dos de huelga se restauran y toman fuerzas para otro día. En cuanto a la duración del tratamiento, depende de la necesidad del enfermo y de cómo le aprovechar: a unos bastan quince días, a otros veinte y a otros treinta.

Finalmente, refiriéndose al valor medicinal del oro, dice: «No sé yo que vitalidad y provecho les puede venir a los débiles y flacos con el uso del oro, que si no bastan hornazas de carbón encendido para inmutarlo y disponerlo, como podrá el calor de un estómago débil y flaco activarlo para aprovecharse de él y de sus virtudes, si algunas tiene, que hasta agora no las sabemos; y cuanto estuvieren mas propincuos a la muerte menos lo podrán hacer. Mandan algunos echar piezas de oro, en monedas y en otras formas, en las ollas do se cuece el manjar para los enfermos y prometen gran negocio de ello y el calor con que se cuecen no es bastante a inmutarlas, ni se adquiere otro provecho que limpiarlas de la suciedad que tenían, que con el mismo peso salen con que entraron, porque tan liviano cocimiento poco puede hacer en tal metal. Pensar que sirve al corazón y es para los desmayos, de lo dicho resulta que antes dañará para ellos. Y así HIPÓCRATES tiene por mala agua la que pasa por mineros de oro. Ni sé que fundamento haya para que sea bueno el oro para los melancólicos, pues es metal y siéndolo es muy seco, cosa tan contraria para ellos, que si no es hecho escudos para que los puedan dispensar y hacer su voluntad con ellos, que por esto les dá contento y alegría, no se yo que les pueda hacer otro provecho medicinal. Creánme y no gasten los enfermos sus haciendas en echar oro en las medicinas que toman, ni maten el oro en vino ni en agua, porque de lo uno y de lo otro no adquirirán virtud medicinal que les remedie sus males.»

Y termina con estas palabras: «Solo hecho moneda tiene el oro grandes virtudes y propiedades, porque ella es la que alegra el corazón y quita las tristezas y melancolías y repara todas las virtudes y potencias del hombre, pone esfuerzo do no lo hay, es remedio universal de todas las cosas, sino es de la muerte, que con esta no puede cosa alguna.»

Este es, resumido a grandes rasgos, el trabajo que sobre el hierro escribiera MONARDÉS en 1574.



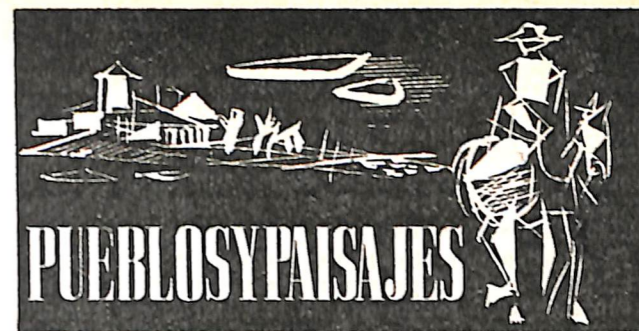
sado por la mañana, porque «dan gana de comer, confortan los vilos del estómago, consumen la humedad superflua de él, y en general quitan todos los podrecimientos del cuerpo y rectifican todos los humores corruptos». MATHEO DE GRADI abunda en opiniones semejantes. Con respecto a la piedra imán molida, dice que tiene gran similitud y amistad con el hierro, pero aún más poder que éste, y por esto los antiguos le dan la misma virtud que al hierro en curar opilaciones de bazo y otras interiores, y GALENO quiere que su uso cure la hidropesía.

Después indica la dosis a que se administra el hierro (que aconseja la de un dracma = 3,5 gramos). Dándolos de muchas maneras: o envueltos con azúcar rosado, o conserva violada, o con jarabe de culantrillo o de raíces, o hechos píldoras con jarabe apropiado doradas, o echándolos en la boca, y en cualquier manera de estas que se tomaren se beba encima un poco de vino blanco simple, que no sea frío ni muy fuerte, y si no bebe vino, agua cocida con canela, aunque es mejor el vino. Hanse de tomar por la mañana en ayunas. Recomienda después hacer ejercicio o andar durante dos horas, si hubiere fuerzas para ello o cuando menos una, o el tiempo posible, pero sin cansarse; importa tanto el andar para que estos polvos se activen y hagan provecho; hecho el ejercicio, se descansará sin desabrigarse o se echará vestido sobre la cama abrigada y descansará allí una hora. Comerá cuatro horas al menos después que tomó los polvos o cuando sintiere el estómago desembarazado de ellos. Comerá de un ave asada sin agro alguno, frutas secas y conservas, sin comer cosas verdes. Aconseja se tomen los polvos de hierro, no a diario, sino cada tercer día, mayormente los primeros días, en especial las personas flacas o delicadas, porque tomándolos cada día cansarse mucho y poniendo un día o dos de huelga se restauran y toman fuerzas para otro día. En cuanto a la duración del tratamiento, depende de la necesidad del enfermo y de cómo le aprovechar: a unos bastan quince días, a otros veinte y a otros treinta.

Finalmente, refiriéndose al valor medicinal del oro, dice: «No sé yo que vitalidad y provecho les puede venir a los débiles y flacos con el uso del oro, que si no bastan hornazas de carbón encendido para inmutarlo y disponerlo, como podrá el calor de un estómago débil y flaco activarlo para aprovecharse de él y de sus virtudes, si algunas tiene, que hasta agora no las sabemos; y cuanto estuvieren mas propinuos a la muerte menos lo podrán hacer. Mandan algunos echar piezas de oro, en monedas y en otras formas, en las ollas do se cuece el manjar para los enfermos* y prometen gran negocio de ello y el calor con que se cuecen no es bastante a inmutarlas, ni se adquiere otro provecho que limpiarlas de la suciedad que tenían, que con el mismo peso salen con que entraron, porque tan liviano cocimiento poco puede hacer en tal metal. Pensar que sirve al corazón y es para los desmayos, de lo dicho resulta que antes dañará para ellos. Y así HIPÓCRATES tiene por mala agua la que pasa por mineros de oro. Ni sé que fundamento haya para que sea bueno el oro para los melancólicos, pues es metal y siéndolo es muy seco, cosa tan contraria para ellos, que si no es hecho escudos para que los puedan dispensar y hacer su voluntad con ellos, que por esto les dá contento y alegría, no se yo que les pueda hacer otro provecho medicinal. Creánme y no gasten los enfermos sus haciendas en echar oro en las medicinas que toman, ni maten el oro en vino ni en agua, porque de lo uno y de lo otro no adquirirán virtud medicinal que les remedie sus males.»

Y termina con estas palabras: «Solo hecho moneda tiene el oro grandes virtudes y propiedades, porque ella es la que alegra el corazón y quita las tristezas y melancolías y repara todas las virtudes y potencias del hombre, pone esfuerzo do no lo hay, es remedio universal de todas las cosas, sino es de la muerte, que con esta no puede cosa alguna.»

Este es, resumido a grandes rasgos, el trabajo que sobre el hierro escribiera MONARDÉS en 1574.



Guadix, ciudad episcopal

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE
MADRID.

LA catedral de Guadix tiene un soberbio emplazamiento, está situada en un altozano desde el que se divisa buena parte de la peregrina vega guadijeña. Un paseo se extiende ante ella, el paseo de los Canónigos. Gran placer tomar el aire por su ámbito. Son las primeras horas de la tarde de un domingo. Ha llovido por la mañana. Se fueron las nubes hasta Sierra Nevada. Está el cielo limpio. La tierra está lavada y emperjilada de verdor, como muchacha en traje de fiesta, dorada por los rayos del sol. Estoy solo en el paseo y me siento un canónigo. Ando despacio. Me detengo a menudo. Mis ojos se pierden en el horizonte o se clavan en la fachada de la catedral. Es bueno esto de sentirse canónigo, aunque preciso es reconocer que ya estos prebendados han perdido muchos de los privilegios que les hacían envidiables. En Guadix se respira un aire episcopal y catedralicio.

El obispado de Guadix es el primero que se estableció en España. Siete varones apostólicos vinieron a estas tierras a evangelizarlas. Uno de ellos, San Torcuato, fué proclamado su obispo. En aquellos remotos tiempos Guadix se llamaba Acci. Los primeros cristianos sufrieron innúmeras y crueles persecuciones. San Torcuato pereció víctima de su fe. La fábrica del actual templo, sede de los obispos, es del siglo XVIII, pero su fundación es mucho más antigua, proviene del 1492, siendo su fundador el cardenal don Pedro González de Mendoza. Agradable templo de sencilla arquitectura, estilo mixto dórico y corintio. La catedral señorea la ciudad.

En estas primeras horas de la tarde dominical su interior está desierto. Penetro en él y me recibe el silencio. La bienvenida del silencio siempre es reconfortante. Un mutismo religioso. Mis pasos los apagan esteras de esparto. La luz que entra por los ventanales no esclarece enteramente las sombras que se agazapan acá y allá. Meandros de sombras como para descansar en su regazo, lugar para comunicarse con Dios. Una muchacha avanza por una de las naves. Se detiene ante una capilla. Se arrodilla. Abre sus brazos. Inclina su cabeza. La muchacha es bella. Realza la hermosura de su rostro las blondas de una mantilla, como ya no se ven más que por aquí, en tierras de Andalucía. Me siento en un banco frente al altar mayor. ¡Qué paz me inunda! Diríase que estoy lejos del mundo. El rezo acude a los labios como una necesidad imperiosa. Sería osado hablar de éxtasis, pero el estado de mi alma era de un intenso y grato sentimiento de bienestar. Unos minutos de felicidad de esos que se recuerdan de pronto, que se presentan sin que nadie los llame y que nos hacen por unos instantes

volver a vivir el momento deleitoso. Cuando abandono la catedral, la muchacha sigue arrodillada, los brazos en cruz, la cabeza inclinada. Junto a ella se ha parado un rayo de sol.

Me pierdo por las calles de Guadix. No sé por dónde voy. No sé adónde voy. He aquí, a mi juicio, la perfecta forma de hacer turismo. Pasearse por una ciudad desconocida es el mejor modo de conocerla. Y por supuesto, no preguntar a nadie nada, y mucho menos consultar una guía. Importa poco saber cómo se llama esta iglesia que nos sale al paso o el nombre del poseedor de esta casona palacial que ha resistido los embates de los años. Guadix no es una ciudad monumental. De su ancestral pasado no quedan restos. Lo que perdura es algo inefable: un aire episcopal, un aire aristocrático. Guadix es una de esas ciudades en las que uno piensa: yo me quedaría a vivir aquí. Y decidido a vivir en Guadix, uno elegiría una casa en la calle de Santiago, que es una calle de las tan andaluzas dotadas de ángel. El ángel no es ni más ni menos que el atractivo y la simpatía. El ángel lo otorga Dios. Los hombres no hacen sino recogerlo. Los hombres a veces—¡ay!, demasiadas veces—lo que hacen es destruirlo. En Guadix hay un ejemplo bien palpable. Poseía una plaza rectangular que era un encanto. Sus casas eran asimétricas, unas altas, otras más bajas, todas con ángel, todas ostentando su personalidad, todas tocadas con la gracia de lo popular. La barbarie roja en nuestra última guerra civil las destruyó. Sólo quedó en pie un rinconcito. La plaza se ha reconstruido con el criterio de la uniformidad fría e inexpresiva. La plaza ha perdido su ángel. Nuestros arquitectos de ahora huyen de lo popular característico como del demonio. España se va uniformando con arreglo a modas y modos extranjeros. No les achaguemos a los arquitectos todas las culpas, sirven lo que les piden, tienen que doblegarse a la cursilería que difunde el cine, que impone una estúpida ansia de modernidad. Los encargan: «Quiero una cosa moderna, ¿sabe usted?» Y surge el esperpento fuera de su sitio, allí donde debería alzarse lo popular, lo vernáculo, lo adecuado al clima, al ambiente, a las costumbres.

A Guadix todavía no ha llegado esta excesiva y exótica modernidad. Aún sus calles conservan su estilo propio, aún por la calle de Santiago y por tantas otras aletea el ángel de las fachadas blancas y los balcones floridos, aún nos sentimos en una ciudad aparte, típica, pintoresca, donde se aspira lo airoso de lo popular señorial. Porque ésta es otra, lo popular siempre encierra señorío, y más que en ninguna otra